

en sí mismo cuando decía por boca de uno de sus personajes:

Conesco bien gramática, sé bien toda natura:
Bien dicto e versifico: conesco bien figura;
De cuer (1) sey los autores: de libro non he cura.

.....
Sé arte de música, por natura cantar,
Sé fer fremosos puntos, las voces acordar.

.....
Sé de las siete artes todo su argumento:
Bien sé las cualidades de cada elemento,
De los signos del sol, siquier del fundamento:
Non se me podría celar quanto val un accento.

(Cop. 38 á 40).

Sé bien todas las artes que son de clerezía:
Sé meior que nul ombre toda estrenomía

.....
Yazen todos los sessos en esta arca mía,
Hy fezieron las artes toda su cofradía.

(Cop. 1,012 y 1,013).

Estos alardes infantiles están relativamente justificados por una porción de digresiones sobre el sistema del mundo, sobre la división de las tierras, sobre la clasificación de las piedras preciosas, etc., de donde resulta una especie de compilación didáctico-poética:

La materia lo manda por fuerza de razón:
A vemos á dezir una descripción,
Cuemo se parte el mundo por ter partición,
Cuemo faze la mar en todas división.

(Cop. 254).

Mandó venir los sabios que sabíen las naturas,
Que entendíen los signos e las cosas oscuras:
Mandóles que mostrassen segunt las escripturas
Qué signos demostraban estas tales figuras.

(Cop. 1,159).

La declaración de los presagios celestes puesta en boca de Aristandro: el *lapidario* de San Isidoro intercalado en la descripción de las maravillas de Babilonia: las noticias de monstruos y animales fabulosos, como

(1) Esto es, de memoria.

el ave fénix y los hombres acéfalos: mil rasgos, en suma, de curiosidad científica bien ó mal empleada, esmaltan este singular poema, cuyo autor parece preocuparse especialmente de lo maravilloso y hasta de las artes ocultas. Es el más antiguo de los nuestros que hable de hadas y de encantamientos: las hadas habían tejido las ropas de Alejandro:

Fezieron la camisa duas fadas enna mar,
Diéronle dos bondades por bien la acabar:
Quienquier que la vestiesse fuesse siempre leal.
Et nunqua ló podiesse luxuria temptar.

Fizo la otra fada tercera el brial:
Quando lo ovo fecho, dióle un grant sinal:
Quienquier que lo vestiesse fuesse siempre leal,
Frio nin calentura nunqual feziesse mal.

(Cops. 89 y 90.)

Hasta la misma *doña Venus*

sabíe de encantamientos
Que tornaba las nubes e volvía los vientos

(Cop. 515.)

La cuestión de las fuentes del poema está admirablemente ilustrada en una disertación de Morel-Fatio, inserta en la *Romania* de 1874. A pesar del decantado *orientalismo* de nuestras letras, no hay huella directa en el poema de las ficciones árabes y persas acerca de Alejandro, las cuales, por el contrario, influyeron en un texto aljamiado en prosa, obra de algún morisco del siglo XVI, recientemente publicada por el señor Guillén Robles. Las fuentes del *Poema* son exclusivamente latinas y francesas, y sólo de reflejo, ó, digámoslo mejor, de segunda mano, han llegado al poema español episodios de indudable procedencia oriental como el viaje submarino y el viaje aéreo de Alejandro (1), los

(1) El mismo autor del poema parece contar con cierto escrúpulo estas raras ficciones, dignas de la *Historia Verdadera*, de Luciano, ó de las modernas novelas de Julio Verne:

Unas facianas suelen las gentes retraer,
Non yaz en escripto e es grave de creer:

árboles fatídicos de la India, etc. Trazar el cuadro de las innumerables vicisitudes y transformaciones de la leyenda de Alejandro desde el Pseudo Calístenes hasta Julio Valerio y el *Liber de praeliis* por un lado, y hasta Firdusi, Nizami y el autor del *Iskender Nameh* por otro, sería tarea tan fácil como impertinente.... Es materia en que las riquezas abundan, y en que es fácil lucir erudición á poca costa. Ninguno de los grandes conquistadores ha ejercido tan universal prestigio sobre la fantasía de todas las razas y de todos los siglos como Alejandro, no solamente por la magnitud de sus em-

Si es verdat ó non, yo non he y que veer,
 Pero no lo quiero en olvido poner.
 Dicen que por saber qué fazen los pescados,
 Cómo viven los chicos entre los más granados,
 Fizo cuba de vidro con puntos bien cerrados,
 Metios en ella dentro con dos de sus criados.

(Cops. 2,141 y 2,142.)

Todo lo que averiguó Alejandro en esta expedición submarina es que los peces grandes se tragan á los pequeños. No es menos extravagante el viaje aéreo:

Fizo prender dos grifos que son aves valientes:
 Avezólos á carnes saladas y recientes:
 Tóvolos muy viciosos de carnes convenientes
 Fasta que se fezieron gordos é muy valientes.
 Fez facer una capa de coyro muy sovado,
 Quanto cobria un omne á anchura posado:
 Juntáronla los griegos con un firme filado
 Que non podria falsar por un omne pesado.
 Fizoles el conducho por tres dias toller
 Por amor que oviesen más sabor de comer:
 Fizose el miente enno cuero coser,
 La cara descubierta que podiesse veer.
 Tomó en una pértiga la carne espetada,
 En medio de los grifos, pero bien alongada:
 Ellos por prenderla dieron grant volada,
 Cuydáronse cevar, mas non les valió nada.
 Quanto ellas volaban, él tanto se erguia,
 El rey Alexandre todavía sobia,
 A las veces alzaba, á las vezes premia,
 Allá yban los grifos por do el Rey queria.
 Alzábales la carne quando queria sobir,
 Iba abaxando quando queria descir:
 Do veyan la carne allá iban seguir.

(Coplas 2,333 á 2,340.)

presas y por lo que sirvieron al desarrollo de la humanidad, sino por su mismo arrebatado fin que, coronando misteriosa y trágicamente su destino, despierta afectos de piedad al mismo tiempo que de asombro. Cada pueblo y cada civilización le ha entendido á su modo, y hay poemas y novelas de Alejandro, no ya sólo en griego, en árabe, en persa y en todas las lenguas vulgares, sino hasta en hebreo y rabinico. En francés de la Edad Media existen tantas versiones, que sobre ellas solas ha podido escribir Paul Meyer una importantísima obra en dos volúmenes (1).

Prescindiendo de algunas fuentes menos importantes ó no averiguadas con plena certeza, el *Alejandro* castellano está formado por la *contaminación* de dos poemas muy diversos, uno latino, otro francés, el uno bastante próximo al relato histórico ó semi-histórico de Quinto Curcio, el otro mucho más novelesco, fantástico y contrario á la historia. Naturalmente, el poeta de *clerecía* prefiere el primero por el respeto debido á la lengua sabia: le cita nominalmente y le traduce casi íntegro, ó más bien le extiende y parafrasea en sus difusos tetrástrofos, tan lejanos de la severidad y concentración del exámetro. Este poema es la *Alexandreis* de Gualtero de Chatillón:

Pero Galter el bono en su versificar
 Seya ende cansado, do querie destaiair.

(Cop. 1,935.)

Pero como Gualtero, hombre de cultura clásica, con pretensiones de imitador de la *Encida*, se había abstenido, no por *cansancio*, sino por desprecio, de incluir en su libro todos los portentos que se contaban acerca de Alejandro, nuestro poeta leonés, que no tenía tales escrúpulos, completó su libro, no con invenciones originales como creyó Sánchez, sino con una porción de

(1) *Alexandre le Grand dans la littérature française du Moyen-Age*. (Vieweg, 1880).

rasgos tomados libremente de un poema francés comenzado por Lambert li Tors y terminado por Alejandro de Bernay ó de París. De aquí nace la extraña y abigarrada composición del *Alejandro* castellano, que unas veces procede rápida y secamente como Gualtero, y otras se torna gárrulo y difuso como los troveros franceses: en una página se ciñe bastante á la historia, y en la página siguiente la atropella y contradice para perderse en los mayores desvarios de la imaginación: unas veces emplea los recursos de la maquinaria clásica é introduce, como Gualtero, frías personificaciones alegóricas, y en otros muchos casos prefiere un género de maravilloso enteramente romántico y moderno. Su objeto único fué compilar cuanto sabía de Alejandro, aunque resultase contradictorio y rompiese la unidad del poema y del carácter moral del personaje. Hay cosas que ni en el poema latino ni el francés se encuentran, y pueden estar tomadas del *Epítome* de Julio Valerio, de la supuesta carta de Alejandro á Aristóteles *De situ Indiae*, y de un poema francés en versos de nueve sílabas atribuido al clérigo Simón, y del cual sólo se conocen fragmentos. La descripción de las maravillas de Babilonia tiene mucha relación con la que se lee en *Flores y Blancaflor*.

Intercalado en el *Alejandro*, á modo de digresión bastante inoportuna, está otro poema, nada menos que de mil seiscientos ochenta y ocho versos, sobre el sitio y destrucción de Troya, otro de los grandes asuntos clásicos cuyo resplandor no se apagó nunca durante la Edad Media. Las fuentes, por de contado, no son aquí Homero ni Virgilio, sino la *Crónica Troyana* de Guido de Columna (de la cual se hicieron después tantas versiones castellanas) fundada en los libros apócrifos que llevan los nombres de Dictys el cretense y Dáres el frigio; y también un cierto compendio latino de la *Iliada* que corría á nombre de Píndaro Tebano (1). Hay en el

(1) El episodio de Troya se supone referido por el mismo

Alejandro otras intercalaciones de menos monta y cuyos orígenes importa poco señalar, entre ellas un largo y prosaico sermón satírico moral (104 versos) sobre la corrupción de las costumbres en todos los estados y oficios del mundo; una bajada á las regiones infernales (340 versos) poco digna de compararse con las visiones de Dante; y el *exemplo* ó apólogo del codicioso y el envidioso, que es el más antiguo que hallamos en nuestra poesía, y parece tomado de algún *fabliau* francés (1).

¿Qué parte de originalidad podemos conceder, por tanto, al poeta español? Muy exigua, como la de todos los autores de su escuela, en lo tocante á la invención y composición de la fábula, pero muy positiva y verda-

Alejandro á sus capitanes, contemplando las ruinas de aquella ciudad famosa:

La procesión andada, fizo el rey sermón
Por alegrar las yentes, meterlas bon corazón:
Compeçoles la estoria de Troya de fondón,
Cuemo fué destroyda esobre qual razón.

(Cop. 311.)

(1) Nada decimos de las dos muy bellas y elocuentes cartas en prosa de Alejandro á su madre, que se leen al fin del poema, pero que no tienen con él más relación que la muy fortuita de haber sido copiadas en el mismo códice y de referirse al mismo personaje. Zacher demostró en su *Pseudo-Callistenes* que estas cartas proceden de una famosa colección árabe de *Sentencias morales de los antiguos filósofos*, formada por Honein-ben-Ishak y conocida especialmente por la traducción hebrea de Judá Alcharisi de Lunel, que se remonta á principios del siglo XIII. El texto castellano de la primera carta es idéntico al que se lee en los *Bocados de oro*, en el capítulo de *los dichos y castigamientos de Alexandre filosofo è sabio*. El texto de la segunda procede de otra compilación no menos célebre, la titulada *Poridat de las Poridades* y en latín *Secretum Secretorum*. Todos estos puntos han sido puestos en claro por Knust en un artículo del *Jahrbuch*, tomos X y XI. Por lo demás, las cartas son de las más bellas muestras de la prosa castellana del siglo XIII, y no sin razón las incluyó Capmany en su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia*.

dera en la invención de detalles y en lo que pudiéramos decir poesía de estilo. El mismo Puymaigre reconoce que el *Alejandro* no es una imitación servil: que hay en él mucha más poesía que en sus modelos, y que el llamado Juan Lorenzo ha acertado á apropiarse las ideas de sus antecesores por la manera mucho más feliz con que las ha expresado. Ciertamente que la lectura seguida del poema exige una buena dosis de paciencia, pero el valor literario de la obra, mirada á trozos, no es tan insignificante como da á entender Morel-Fatio. Puymaigre nos parece más próximo á la verdad cuando escribe: «Juan Lorenzo era un versificador demasiado fácil: muchos de sus versos son lánguidos é incoloros, pero otros llevan el sello del verdadero poeta, y se destacan brillantes y poderosos de relieve, sobre una masa monótona de líneas rimadas.»

Donde más poeta aparece es en las descripciones. Su fantasía era más brillante y pintoresca que la de Berceo, aunque no tan habitualmente graciosa. Pero cuando acierta, acierta con más poder, con más originalidad, con más empuje. No sólo está llena su obra de versos aislados, magistralmente hechos y dignos del estilo épico (1), sino que contiene verdaderos cuadros poéticos que nada pierden con separarse del conjunto. En el texto de la *Antología* va el mejor de estos trozos episódicos, la descripción alegórica de los meses, re-

- (1) Sirvan de muestra los siguientes, tomados al acaso:

Iva vertiendo fuegos, á Darío alcanzando
Cuemo estrela que va por el cielo volando;
Cuemo faz el Ruédano cuando cae espumando.

(Cop. 1,262.)

Ante llegó el miedo que non el apellido.

(Cop. 622.)

¡Oh rey Alexandre, corpo tan acabado!

Tal es la tu ventura et el tu principado
Como la flor del lilio que se seca privado.

(Cop. 2,366.)

presentados en la tienda de Alejandro, trozo inspirado al parecer por unos disticos de Ausonio, pero tratado con un realismo enteramente español y una cierta poesía serrana y confortante, que anuncia ya la franca manera del Archipreste de Hita. Creemos oportuno reproducir aquí, aunque no íntegros, algunos fragmentos más, que pocos tendrían la paciencia de ir á buscar entre las obscuridades y languideces del poema, aunque son por ventura lo mejor y más brillante de la poesía castellana del siglo XIII. Hemos elegido, pues, la encantadora descripción de la primavera; la presentación de la reina de las Amazonas Calestrix ó Talestrix (que es en nuestra poesía el más antiguo retrato de mujer, y no ciertamente el menos gracioso); una parte de la enumeración de las maravillas de Babilonia y de los misterios de la India. De este modo podrá juzgarse de la valentía de pincel con que el desdénado poeta trata las escenas más diversas:

Descripción del mes de Mayo.

El mes era de Mayo, un tiempo glorioso
Quando facen las aves un solaz deleytoso,
Son vestidos los prados de vestido fremoso,
De sospiros la duenna, la que non ha esposo.

Tiempo dulce e sabroso por bastir casamientos,
Ca lo tempran las flores e los sabrosos vientos:
Cantan las doncelletas, son muchas á convientos,
Fazen unas á otras buenos pronunciamientos.

Caen en el serano las bonas rociadas,
Entran en flor las miesses ca son ya espigadas,
Enton casan algunos que pues messan las barbas,
Fazen las duennas triscas en camisas delgadas.

Andan mozas e vieias cobiertas en amores,
Van coger por la siesta á los prados las flores.
Dizen unas á otras: bonos son los amores,
Y aquellos plus tiernos tiénense por meiores.

Los días son grandes, los campos reverdidos,
Son los passariellos del mal pelo exidos,
Los tábanos que muerden non son aun venidos,
Luchan los monagones en bragas, sen vestidos.

(Cop. 1,788 á 1,792.)

Retrato de la reina Talestris.

Venia apuestamente Calectrix la reyna,
 Vestia preciosos pannos de bona seda fina,
 Azor en la su mano que fué de la marina,
 Serie al menos de dos mudas ayna.
 Avie bon corpo, era bien astilada,
 Correa de tres palmos la cinnia doblada:
 Nunca fué en el mundo cara meior taiada,
 Non podría por nul pleyto ser más meiorada.
 La fuente avie blanca, alegre e donzella:
 Plus clara que la luna quando es duodena:
 Non avria fermosura cerca ella la Filomena
 De la que diz Oracio una grant cantilena.

.....
 Era tan arrazon la nariz levantada
 Que non podría Apelles deprender la possada:
 Los bezos avenidos, la boca mesurada,
 Los dientes par iguales, brancos cuemo quaiada.
 Blanca era la duepna de muy fresca color,

 La rosa del espino non es tan genta flor,
 El rocío á la mannana non parece meior.

(Cops. 1.710 á 1.716.)

Descripción de las maravillas de Babilonia.

Yaz en logar sano comarcha muy temprada,
 Ni la cueta verano nen faz la envernada:
 De todas las bondades era sobre abundada,
 De los bienes del siglo ally non mengua nada.
 Los que en ella moran dolor non los retiental:
 Ally son las especias, el puro garengal;
 En ella ha gengibre, clavels e cetoal,
 Girofre e nuez muscada, el nardo que mas val.
 Dessimismo los árboles dan tan buena olor
 Que non avrie antellos forcia nulla dolor:
 Ende son los hombres de muy buena color:
 Bien á una jornada sienten el buen odor.

.....
 De ruedas e molinos que muelen las ceberas,
 De muyt ricas azeñas que les dizen traperas
 Avie grant abondo por todas las riberas,
 Eran dentro e fuera seguras las carreras.
 Rica es de pescados de ryos e de mar,

Siempre los fallan frescos, no los quieren alzar.

.....
 En essas sanctas aguas ha otra meior costumbre:
 De piedras de grant precio trahen grant muchedumbre:
 Unas que de noch á luenga tierra dan lumbre,
 Otras que dan al feble salut é fortedumbre.

.....
 Son per la villa dentro muchas dolces fontanas,
 Que son de día frías, tebias á las mañanas:
 Nunca crían en ellas gusanos nen ranas,
 Ca son perenales, sabrosas e muy claras.
 De panes e de vinos es rica e abundada,
 Non podrían diez hombres vencer la dinarada:

.....
 Vendimian en el año la segunda vegada.
 Cerasas son grandes redor de la cibdat,
 Y prenden los venados á fiera planidat:
 Los grandes é los chicos e los de media edat,
 Assy se iban á ellos cuemo á su heredit.
 Digamos vos de otros ciervos e de otros venados.
 De orsos e de orsas e puercos mal domados.

.....
 Destas avieciillas ánaes e garcetas
 Trahen para la cibdat llenas grandes carretas:
 E las otras passariellas que dicen avoletas
 Porque cantan fremoso, essas son más caretas.

.....
 Pero muchas dellas todas muy boniellas,
 Cada uno á su puerta tres ó quatro cestiellas:
 Quando sus sones fazen hi las aveziellas,
 Las madres á los fijos olvidaríen por ellas.
 Y son los papagayos, unas aves sabidas,
 Que vencen á los hombres de sesso á las vegadas:
 Y son las grandes tigras que yacen encerradas:
 Non ha bestias enno mundo que sean más dobdadas.
 E las yentes son buenas e de precio maores,
 Todas andan vestidas de pannos de colores,
 Cavalgan palafrenes e mulas ambladores
 E los más pobres viesten zamet ó cisclatones

(Cops. 1.299 á 1.338.)

Palacios de Poro.

.....
 El lugar era plano ricament assentado,
 Abondado de caza se quier e de venado,
 Las montannas bien cerca do pacie el ganado,
 Verano et invierno era bien temprado.
 Furon los palacios de bon mestre assentados,

Furon maestramiente á cuadra compassados,
En penna viva furon los cimientos echados.
Por agua nen por fuego non serien desatados.

Eran bien enluziadas e firmes las paredes,
Non le fazien mengua sábanas nen tapedes,
El techo era pintado á lazos e á redes,
Todo d' oro fino, como en Dios creedes.

Las portas eran todas de marfil natural,
Blancas e reluzientes como fino cristal:
Los entaios sotiles, bien alto el real,
Casa era de rey, mas bien era real.

Quatrocientas columnas avie en essas casas,
Todas de oro fino capiteles e bassas:
Non serien más luzientes se fussen vivas brassas,
Ca eran bien brunidas, bien claras e bien rassas.

Muchas eran las cámaras, todas con sus sobrados,
De ciprés eran todos los maderos obrados,
Eran tan sotilmiente entressí enlazados,
Que non entenderie omne do furan aiuntados.

Pendien de las colupnas derredor de la sala
Una muy rica vinna, de meior non vos incala:
Levaba foias d' oro grandes como la palma:
Querría de grado averlas tales, se Dios me vala.

Ally fallaría omne las bonas cardeniellas,
E las otras maores que son más tempraniellas,
Las blancas alfonsinas que tornan amariellas,
Las afonsinas negras que son más cardeniellas.

Las bonas calagrannas que se quieren alzar,
Las otras moleias que fazen las vieias trotar,
La torronts amorosa bona poral lagar.

En medio del encausto un logar apartado
Seye rico árbol en medio levantado,
Nen era muy grueso, nen muy delgado,
D' oro fino era, sotilmiente obrado.

Quantas aves en cielo an voces acordadas,
Que dizen cantos dulces menudas e granadas;
Todas en aquel árbol parecien figuradas,
Cada una de su natura en color divisadas.

Todos los estrumentos que usan los ioglares,
Otros de maor precio que usan escolares,
De todos avía hy tres ó cuatro pares,
Todos bien temprados por formar sus cantares.

A la rayz del árbol bien á XV estados
Venien unos canones que avien soterrados:
Eran de cobre duro por en esso labrados,
Todos eran en árbol metidos, encerrados.
Sopravan cuemo bufets en aquellos canones,

Luego dezien las aves cada uno sus sonos,
Los gayos, las calandras, tordos e los gäviones,
El rossinol que dis las fremosas canciones.

Volvia los estrumentos á vuelta connas aves,
Encordaban acierto las cuerdas connas claves,
Alzando e apremiando fazien cantos suaves,
Tales que para Orfeo de formar serien graves.

Ally era la música cantada por razón,
Las dobles que refieren coytas del corazón,
Las dulces de las baylas, el plorant semiton
Bien podien toller precio á quantos no mundo son.

Non es en el mundo omne tan sabedor
Que dezir podierse qual era el dulzor:
Mientras omne vivisse en aquella sabor,
Non avrie sede, nen fame, nen dolor.

(Cops. 1,956 á 1,977.)

El *Poema de Alejandro*, sin duda por el interés de la narración y por la variedad y riqueza de su contenido, parece que fué uno de los *mesteres de clerecía* más estimados de los doctos, y cuya fama persistió por más tiempo. El autor del *Poema de Fernán González* tomó de él versos enteros: el Archipreste de Hita siguió sus huellas al describir la tienda de D. Amor; y todavía en el siglo XV el delicioso cronista del conde de Buelna, D. Pedro Niño, pone en boca del ayo del conde los mismos *amaestramientos* morales que en el poema dirige Aristóteles á Alejandro. A pesar de tal celebridad del libro, el nombre del autor hubo de caer muy pronto en la obscuridad. Ya en el siglo XV debía de estar ignorado, puesto que no es verosímil que el marqués de Santillana le citase como anónimo, si realmente hubiese sabido el nombre de su autor.

De éste sólo podemos afirmar, por testimonio suyo, que era clérigo, en el sentido riguroso y canónico de la palabra:

Somos siempre los clérigos errados e viciosos,
Los perlados maores ricos e poderosos.

(Cop. 1,662.)

Prescindiendo de las opiniones absurdas que han atribuido el poema á Alfonso el Sabio, al arcediano

Jofre de Loaysa y á otras personas más ó menos claras, sólo dos atribuciones merecen consideración, la que adjudica la obra al clérigo Juan Lorenzo Segura de Astorga, y la que le añade al catálogo ya tan copioso de las obras de Berceo. El primero de estos pareceres, acreditado por Sánchez, ha prevalecido hasta nuestros días en el mayor número de los críticos, pero hoy comienza á ser abandonado por todos y se conviene generalmente (atendido el grave argumento paleográfico del lugar que ocupa en el poema el nombre de Juan Lorenzo, no al principio, como en los poemas de Berceo y como es uso general de la Edad Media, sino al fin, como la suscripción de Per-Abbat en el Poema del Cid), en que el clérigo de Astorga fué un mero copista que no *escribió* sino materialmente el Poema de Alejandro, ó, por mejor decirlo, uno de sus códices.

La idea de atribuir el poema á Berceo no es de ahora, puesto que ya se lee su nombre en una de las guardas del códice de Osuna, y con letra que no parece muy moderna. Es probable que el que escribió tal nota no tuviese otro fundamento que la identidad del tiempo, de la escuela y del metro en ambos poetas. Pero nuestro eruditísimo D. Rafael Floránes, en sus *Ilustraciones del Fuero de Sepúlveda*, quiso dar otra razón más especiosa, fijándose en un pasaje del poema mismo (copla 1,386) en que después de describirse la entrada triunfal de Alejandro en Babilonia con grande aparato de músicos y juglares (1), se encuentran los extraños versos siguientes:

Quando fué á su guissa el rey soioornado,
Mandó mover las sennas, exir fuera al prado,
E dixo á *Gonzalo*: «Ve dormir que assaz has velado.»

(1) Es muy curiosa para la arqueología artística la enumeración de los instrumentos que tocaban:

El pleito de ioglares era fiera nota,
Ayye hy symphonia, arba, giga e rota,
Albogues e salterio, citola que más trota,
Cedra e viola que las coytas embota.

(Cop. 1,385.)

La aparición, verdaderamente inesperada, del tal *Gonzalo*, que ni antes ni después vuelve á sonar en el poema, hizo creer á Floránes que el autor había querido esconder modestamente su nombre en un rincón de su obra. Pero aunque así fuese, ¿no había en Castilla más Gonzalos que Gonzalo de Berceo? Precisamente, el ser tan vulgar en España ese nombre entonces y ahora, mueve á creer que está tomado aquí como equivalente de *Fulano* ó de persona indeterminada, ó bien será algún ripio de los muchos con querellenaban los poetas de clerecía la dura argamasa de sus coplas. Si D. Rafael Floránes hubiese entendido tanto de estilos poéticos como entendía de fueros, de crónicas y de escrituras, jamás hubiera caído en la tentación de confundir dos poetas tan diversos entre sí por sus cualidades y hasta por el género de su cultura, aun prescindiendo de las variantes dialectales, que en último caso podrían atribuirse al copista de Astorga. Ni hubiera hecho un cargo á nuestro común paisano D. Tomás A. Sánchez por haber impreso el libro con el nombre de Juan Lorenzo, puesto que al fin la atribución de Sánchez se funda en un texto del mismo poema que puede admitir dos interpretaciones, al paso que la idea de Floránes es una mera cavilación sin sombra de verosimilitud. En resumen, lo más seguro hoy por hoy es imprimir y citar el poema como anónimo. La copia en que ha llegado á nosotros abunda en modismos y formas leonesas, pero no se puede decir que esté totalmente escrita en dialecto leonés, como parecen estarlo algunas de las copias del Fuero Juzgo romanceado. Hay en el poema muchas incertidumbres y vacilaciones de lengua que no parece natural atribuir á una misma persona, siendo tan culta como lo era el autor del *Alexandre*. Una de las características de ese dialecto que, como otros muchos, desapareció totalmente del uso literario después de Alfonso el Sabio, es el uso de los pretéritos perfectos en *oron* y no en *eron*: *ixioron*, *vioron*, *so-pioron*. Abundan muchísimo estos pretéritos en el poe-

ma, pero son también frequentísimos los de la forma castellana, lo cual parece indicar, no que el poeta promiscuase en materia tan capital, sino que el poema fué modificado según la comarca en que se copió. Si, como se asegura, ha parecido recientemente en Francia un nuevo códice lleno de variantes (que quizá será el mismo que manejó el P. Bivar cisterciense), acaso esta cuestión se aclare, sobre todo si la toma á su cargo el escritor que más profundamente ha estudiado hasta hoy el texto y las fuentes del *Alexandre*, y quizá el único que nos puede dar una edición crítica de él, corrigiendo los numerosos yerros (inevitables en su tiempo) en que hubo de caer Sánchez, no remediados la mayor parte de ellos en la atropellada revisión de Janer, si es que no se acrecentaron con otros nuevos.

Dos palabras diremos de los demás *mesteres de clerecía*, porque en rigor no se enlazan, ni aun remota é indirectamente, con la historia de la poesía lírica. En cambio, uno de ellos, el *Fernán González*, tiene capital importancia para el estudio de la épica. Calcado en su mayor parte sobre tradiciones y documentos de indudable origen popular, conserva muchos rasgos propios de los cantares de *gesta*, ya en el brío de la narración, ya en el impetu bélico (1), ya en el ardiente entusiasmo por la pequeña patria castellana ó burgalesa (2), ya en la repetición de los epítetos sacra-

- (1) Tan grande era la priessa que avyan en lidiar,
Oye el omne á lexos las feridas sonar,
Non oyrian otra vos si non astas quebrar,
Spadas retener e los yelmos cortar.

(Cop. 316.)

- (2) Castilla la preciada,
Non serya en el mundo tal provincia fallada

(Cop. 58.)

Pero de toda Espagna, Castilla es lo mejor,
Porque fué de los otros el comienzo mayor.

.....
A un Castilla la Vyeia, al mi entendimiento,
Meior es que lo al.....

(Cop. 159.)

mentales y épicos, *el de los fechos granados, cuerpo de buenas mañas*. Pero al mismo tiempo las continuas reminiscencias del estilo de Berceo y del *Poema de Alexandre* (1); la erudición bíblica de que el autor hace principal alarde declarando con ello su profesión y estado que fué, según toda apariencia, el de monje de Arlanza; el uso frecuente de largos discursos llenos de reflexiones morales; el conocimiento que muestra de los héroes de la epopeya francesa (2), y finalmente, cierta mayor lentitud en la narración, muestran, aun sin contar con la prueba decisiva del metro, el verdadero carácter, no popular, sino erudito, de este poema. Pero de todos los *mesteres* de clerecía es el más próximo sin duda

Varones castellanos, este fué su cuydado,
.....
De una alcaldía pobre, fycieronla condado,
Tornáronla después cabeza de regnado

(Cop. 174.)

Quando decía Castilla, todos con él esforzaban

(Cop. 260.)

- (1) Estas imitaciones comienzan desde los primeros versos del poema:

En el nombre del Padre que fiso toda cosa,
El que quiso naser de la Virgen preciosa,
Del Espiritu Santo, que igual dellos posa,
Del Conde de Castilla quiero fer una prossa.

El tesoro hallado en las tiendas de Almanzor se compara con los de Alexander y Poro, y el autor repite, acomodándolos á su propósito, versos enteros del *Poema de Alexandre*:

Non cuentan de Alexandre las noches nin los días,
Cuentan sus buenos fechos é sus cavalleryas,
Cuentan del Rey David, que mató á Golias,
De Judas Macabeo, fijo de Matatias.

- (2) Cárlos, Valdovino, Roldan, é Don Ogero,
Terryn, e Guadalbuey, e Vernaldo, e Olivero,
Torpyn e don Rinaldos, et el gascón Angelero,
Estol e Salomon, e el otro compannero.

(Cop. 350.)

á los cantos de los juglares, en los que se inspiró, y á los que vino á sustituir en cierto modo, lo cual, si por una parte es doloroso, puesto que debió de contribuir mucho á que las gestas primitivas de Fernán González se perdiesen, y á que ni siquiera quedasen extractadas en la *Crónica general*, por otra parte, quizá fué la razón de que la leyenda del primer Conde de Castilla se nos conservara con cierta integridad relativa y mayor desarrollo poético que otras, aunque en molde distinto del original. Ni está sólo en la parte relativa á Fernán González el extraordinario interés de este poema: le tiene muy grande la introducción histórico-poética de más de 170 versos, en que el autor, considerando sin duda la vida de su héroe como el punto central de la historia de la Reconquista, empieza tomando las cosas *ab ovo*, es decir, desde la pérdida de España:

Contar vos he primero como la perdieron
Nuestros antecesores, en qual coyta visquieron
.....

y consigna, entre otras tradiciones más ó menos antiguas, la del Conde D. Julián (sin mentar á la Cava) y la de Bernardo del Carpio. Milá y Fontanals en su libro *De la Poesía Heróico-popular* ha mostrado admirablemente qué utilidad puede sacar la crítica de los preciosos elementos que este preámbulo nos suministra, cotejándola con los datos de la *Crónica Rimada* y con los de la *General*.

El poema se escribió, sin género de duda, en Arlanza, y por persona identificada con los recuerdos y aun con los intereses de aquel monasterio, tan estrechamente unido á la gloria de Fernán González como el de Cardena á la del Cid. No es posible dudar que fuese castellano viejo; lo prueban el dialecto que emplea, y las continuas é hiperbólicas ponderaciones de su país natal; y aun podemos sospechar que no era de la tierra llana, sino de la Montaña de Burgos (actual provincia

de Santander), puesto que la concede primacía entre todas las regiones:

Sobre todas las tierras mejor es la Montaña,
De vacas e de oveias non hay tierra tamanna,
Tantos hay de puercos que es fyera fazanna

(*Cop. 148.*) (1)

Diverso género de interés ofrece el *Poema de José*, ó, para llamarle por su título exacto, el *Alhadits de Jusuf*. Esta obra pertenece á la clase de las llamadas de *aljamtá*, es decir, al numeroso grupo de manuscritos castellanos con letras arábicas ó hebreas, compuestos por mudejares, moriscos y judíos, que habían olvidado la lengua de sus mayores, pero no el alfabeto, tenido siempre por cosa sagrada entre los orientales. El *Jusuf* es, si no el único, el principal monumento de la literatura mudejar, tan pobre en narraciones poéticas como rica y variada es la de los moriscos. El ignorado autor del poema era sin duda un mahometano no converso, sino adicto á la religión de sus mayores. Por eso ha contado la historia de José y sus hermanos no conforme al relato del *Génesis*, sino tal como aparece, exornada con pormenores fantásticos, en una de las *suras* del Korán (la XI). Esta versión, en que representa mayor

(1) ¡Lástima que el texto del códice escurialense que contiene el *Poema de Fernán González* sea tan incorrecto, y esté incompleto al final, además de otras varias lagunas! Fué ya conocido, pero no publicado, por Sánchez. En 1829 los traductores españoles del Bouterweck dieron de él copiosos extractos. Pero no se imprimió entero hasta 1861, en que le insertaron los Señores Zarco del Valle y Sancho Rayón en el tomo I del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, siguiendo la copia de D. Bartolomé José Gallardo. En 1864 volvió á publicarle Janer, sin hacer mérito para nada de la edición anterior, que no es mucho más imperfecta que la suya. Además le dió el título caprichoso, y sobremanera inadecuado, de *Leyendas del Conde Fernán González*, como si la palabra *leyenda*, introducida en la crítica literaria por la escuela romántica, pudiese tener tal sentido en un poema del siglo XIII.

papel que en el relato bíblico la infiel esposa de Putifar (aquí llamada Zuleika ó Zaliya), fué incorporada también por D. Alfonso *el Sabio* en la vasta compilación de su *Grande et General Estoria*, y fué varias veces contada en prosa castellana por nuestros moriscos, como es de ver en un libro recientemente publicado por el Sr. Guillén Robles.

Pero fuera del origen no cristiano del relato, y fuera de la invocación á Alláh con que el *Jusuf* (1) principia:

Loamiento ad Alláh: el alto é verdadero,
Honrado e complido, sennor derechurero,
Franco e poderoso, ordenador certero,
Grande es su poder: todo el mundo abarca.....

nada hay en este poema que sustancialmente le distinga de los demás *mesteres de clerecía*, y es un gran documento para probar cuán honda fué la influencia de esta escuela, que se sobrepuso á las divisiones de religión y de raza y penetró hasta el pueblo vencido. Es además obra muy apacible de leer, y quizá el mejor escrito de todos los *mesteres*, salvo el *Apollonio*, con cuyo estilo y gracia narrativa tiene mucha semejanza el de este moro tan castellanizado, y que no puso en sus versos más color oriental que el que forzosamente nacía del asunto.

Creemos inútil hablar de la prosáica rapsodia del Beneficiado de Úbeda *Vida de San Ildefonso* (2). Este autor, que es de los que sólo sirven para marcar la de-

(1) El *Jusuf* fué transcrito en letra vulgar por nuestro arabista D. Pascual Gayangos, y comunicado por él á Jorge Ticknor, para que lo insertara en los apéndices del tomo III de su *History of Spanish literature*. Las ediciones posteriores repiten la lección de ésta. Se ha publicado también recientemente el texto en caracteres arábigos.

(2) Publicado la primera vez por Janer (1864) según una mala copia del siglo pasado. El código original existía en San Martín de Madrid, en tiempo de Sánchez, pero hoy se ignora su paradero.

crepitud de una escuela, intenta reproducir la candorosa sencillez de las leyendas de Berceo, pero sin estilo, sin armonía y sin rastro de sentimiento poético. Es además tan bárbara y desconcertada la copia única que tenemos de su poema, que apenas puede sacarse de él partido alguno ni siquiera para la historia de la lengua, que es la sola utilidad que pueden traer semejantes antiguallas, cuando carecen, como ésta, de todo mérito.

Entre tanto que estos poemas se escribían, la prosa castellana, que nació adulta y casi perfecta sin deber nada á los provenzales ni á los franceses, había levantado monumentos tales como las *Partidas*, la *Crónica General*, la *Grande et General Estoria* y los *Libros del Saber de Astronomía*; había trasladado á nuestra lengua, antes que á otra ninguna de las vulgares, todo el saber matemático de las escuelas árabes y alejandrinas, y había comenzado á difundir en el *Calila y Dina* y en el libro de los *Engannos de mugeres*, que iban á ser inmediatamente seguidos por el incomparable *Conde Lucanor*, el copiosísimo raudal de los cuentos y apólogos orientales. Esta inmensa transformación tenía que reflejarse inmediatamente en la poesía, y como si no bastase á enriquecerla el nuevo mundo de ideas y de formas que tales libros encerraban, comenzó á sentirse enérgicamente en Castilla el imperio de una escuela de trovadores, nacida en territorio español también, y difundida en breve plazo por la mayor parte de la Península.

Para estimar rectamente, pues, las obras poéticas del Archipreste de Hita, del Rabí D. Sem Tob y del Canciller Ayala, principales poetas del siglo XIV, en quienes el *mester de clerecía* aparece ya tan extrañamente modificado, hay que tener en cuenta todos estos precedentes, y especialmente el influjo de la lírica gallega. Pero habiéndose prolongado en demasía este discurso preliminar, quedarán reservados tales puntos para el siguiente.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.